

ona fomigacion en el centro; nosotros estar aquí como en on castillo pen fortificado; fostra merced tener la espada en la mano; mi pronunciar las palabras, é entónces fostra merced fer que se apre la pared como la porta de ona ciudad, é logo.... on momento.... sí, fer primero on cierfo perseguido por tres grandes perros negros, como en las cacerías de nostro elector..... entónces fenir on negrito, atrapar el cierfo, é paf..... todo desaparecer. En seguida oir on solo de corneta que resonar por todas las roinas....; pon rato de música! tan pono como el mejor que hafer oido de Fischer por el opoé. ¡Prafo! viene despos el heraldo que nosotros llamar Ehrenhold, tocando la corneta, seguido del grande Peolphán ó cazador del norte á capallo.... ma fostra merced non prestar atencion á todo esto.

— Cosa de miedo puedo decir que no es.... pero se asegura que en semejantes casos suelen suceder algunos desastres.

— ¡Desastres!.... non, non: solamente si el círculo non estar pen trazado, ó si aquel que hafer la espada en la mano tener miedo ó non conserfarla pen horizontalmente, el gran cazador ganar fentaja, entrar en el círculo, é matar los exorcistas.... Esto hafer sucedido farias feces.

— Pues bien, Dousterswivel, sin dudar de

mi valor ni de vuestra ciencia, dispensemonos de la aparicion, y procedamos á lo principal.

— De pona gana; todo serme igual, ma he aquí el momento. Fostra merced sacar la espada, miéntras que yo encender lo que fos otros llamar acepilladuras.

Diciendo esto, arregló una hoguerita de virutas de madera que trajo consigo, y que habia untado de una materia bituminosa para dar mayor actividad á la llama. Cuando estuvo bien viva, cubriendo de una luz rojiza las paredes que la rodeaban, echó en ella un puñado de no sé que polvos de un olor muy fuerte, y como entraba en ellos mucha parte de azufre, no solo hizo estornudar al exorcista y á su discípulo, sino que derramandose el vapor por todo el coro, subiósse á las narices de Lovel y del mendigo, en quienes produjo el mismo efecto.

— ¿Es esto un eco? dijo el baronet sorprendido de haber oido la repeticion del estornudo. — Y acercandose mas á Dousterswivel, añadió: — ¿O seria tal vez el espíritu de que me hablábais, que se burla de nuestra tentativa para apoderarnos del tesoro confiado á su custodia?

— Non, non, respondió balbuciendo el Aleman que empezaba á participar del terror de su Mecenas, mi creer lo contrario.

Sonó en este instante un estornudo sonoro que Ochiltrie no pudo contener, lo propio que el ruido de una tos sufocada, que era imposible considerar como un eco. Nuestros dos buscadores de tesoros empezaron á temblar como azogados.

— ¡Tenga el cielo compasion de nosotros! dijo el baronet.

— ¡*Alle guten geistern loben den herrn!* gritó asustado el Aleman: mon pon sir Arthur, continuó, mi creer que lo mejor que poder hacer en este caso es retirarse é folfer mañana de dia.

— ¡Miserable charlatan! gritó el baronet, en quien esta proposicion despertó sospechas que fuéron en él mas poderosas que el miedo, desesperado como estaba por el convencimiento del pésimo estado de sus negocios: ¡insolente embustero! esta es una treta preparada por tí para escusarte de cumplir tu ofrecimiento, como ha sucedido tantas otras veces. Pero, vive Dios, que he de saber esta noche quien eres tú, y de quien me he fiado cuando he permitido que causases mi ruina. Cumple tu obligacion; vengan espíritus ó demonios, es preciso ó que me enseñes el tesoro, ó que confieses que eres un pícaro y un impostor: de lo contrario, vive Dios, que arruinado y desesperado como estoy, te envio

al otro mundo donde verás mas espíritus de lo que desees.

El Aleman, entre el terror que le inspiraban los seres sobrenaturales de que se suponía rodeado, y las amenazas del furioso baronet, no pudo menos de decirle con humilde tono: — Mon pon patrono, fostra merced non ser confenientemente prodente; defer considerar que los espíritus.....

En este instante, Edie que empezaba á divertirse con la escena que estaba presenciando, arrojó una especie de gemido extraordinario, que no era mas que la prolongacion del tono lamentable de que se valia pidiendo limosna. Dousterswivel se puso entónces de rodillas.

— Mon pon sir Arthur, ser preciso partir, mi á lo menos defer partir.

— No, bribonazo, dijo sir Arthur desenvainando la espada que habia traído para las ceremonias del exorcismo, este ardid no ha de valerte. Mucho tiempo hace que Monk-barns me tiene prevenido que viva alerta contigo. No hay remedio, ó he de ver este tesoro ántes de que salgas de aquí, ó confesarás que eres un impostor, ó bien voy á traspasarte con mi espada, á despecho de todos los espíritus y de todas las almas del mundo.

— Por amor de Dios, mon honorable patrono, on poco de paciencia. Fostra merced

tener pronto todo el tesoro que mi conocer; fos tenerlo pronto en ferdad, ma non haplar de los espíritos, porque ponerlos foriosos.

Ochiltrie se preparaba á arrojar un segundo gemido, pero se lo impidió Lovel que ya tomaba un verdadero interes en este negocio, viendo tan decidido y casi desesperado á sir Arthur. Dousterswivel, temblando por el doble susto que le inspiraban los espíritus de un lado y el baronet de otro, desempeñó muy mal el papel de brujo, no atreviendose á tomar el grado de seguridad necesaria para alucinar á sir Arthur, temiendo escitar con esto la cólera de los seres invisibles que tanto le imponian. Sin embargo, despues de haber echado una mirada en torno suyo con sumo sobresalto, y pronunciado algunas palabras alemanas haciendo contorsiones que podian considerarse mas como espresion del miedo que por efecto de impostura, avanzó por fin ácia un ángulo del edificio en que la tierra estaba cubierta de una enorme losa en la cual habia grabada en bajo relieve la efigie de un guertero armado de piés á cabeza, y dijo á sir Arthur á media voz: — Aquí, mon digno patrono, querer Dios protegernos.

El baronet, que despues de sufocados sus temores supersticiosos, parecia haberse armado de toda resolucion para llevar á término la

aventura, ayudó á Dousterswivel á levantar aquella piedra por medio de una palanca de que se habian provisto, y sus fuerzas reunidas no pudiéron lograrlo sino con mucho trabajo. No brilló repentinamente ninguna luz sobrenatural para indicar el tesoro subterráneo, ni se hizo visible ningun espíritu terrestre ó infernal. Dousterswivel, temblando, dió precipitadamente algunos golpes de azadon, pues se habian traído consigo todos los instrumentos necesarios. Retiró luego con una pala la tierra que acababa de remover, y sir Arthur oyó un ruido semejante al que produce la caída de un pedazo de metal. Dousterswivel recogió prontamente el objeto que lo habia producido.

— Mon pon patrono, esclamó, á fé de hombre honrado, ser esto todo coanto poder hallar esta noche.

Y al mismo tiempo miraba por todas partes con suma inquietud, temiendo que compareciese algun espíritu para confundir su impostura.

— A ver, dijo sir Arthur; á ver, repitió con tono mas firme, quiero satisfacerme, quiero juzgar por mis propios ojos. — Tomando entónces de las manos de Dousterswivel una caja ó arquita, cuya forma Lovel no pudo distinguir, y examinandola á la luz de la lin-

terna, hizo una exclamacion que dió á entender á los dos testigos que estaba llena de dinero. — Concedo, dijo el baronet, no es malo el hallazgo; y si se puede obtener un lucro proporcionado arriesgando mas, no importa, se arriesgará. Estas seiscientas libras de Goldieworth, á mas de tantas otras demandas que se me hacen, hubieran causado mi ruina. — Si creéis que podemos lograr tan buen éxito segunda vez al próximo cuarto de la luna, supongo haciendo los adelantos necesarios, cueste lo que cueste, yo los haré.

— Mon respetable patrono, no ser este el momento propicio para haplar de esto. Tened la pondad de ayudarme á colocar la piedra en so lugar, é marchar pen pronto. — Y luego que estuvo colocada la losa, se llevó á sir Arthur, que le habia vuelto toda su confianza, lejos de un sitio que su conciencia y sus temores supersticiosos representaban al Aleman como lleno de espiritus vengadores que, ocultos detras de alguna coluna, acechaban el momento de castigar su impostura.

— ¡Habrás visto cosa semejante! exclamó Edie luego que hubieron desaparecido como dos sombras. Pero ¿que diablos podrémos hacer para desengañar á ese hombre preocupado? Acaba de probar, sin embargo, que no es orchata lo que corre por sus venas. No

me aguardaba yo tanto en verdad, y aun he creido un momento que haria sentir á ese vagamundo el frio de la hoja de su espada. No tenia tanto valor el otro dia en el Delantal de Bessy; pero entónces no estaba encolerizado, y el asunto era muy distinto. He conocido á muchos que en medio de su furor hubieran chafado á un hombre como una mosca, y tampoco les diera mucho gusto estrellarse en el *Cuerno de la Vaca*; pero ¿que podemos hacer por él?

— ¡Presumo, dijo Lovel, que el bribon ha recobrado toda su confianza por medio de esa treta que sin duda habia preparado de antemano.

— ¡Que!.... ¿el dinero?... Sí, sí, fiese vm. en ello.... ya sabe él lo que se hace.... esto se llama dar una sardina para sacar una ballena. Su intencion es chuparle hasta la última guinea, y luego afufarselas á su pais, como un verdadero desertor. Yo hubiera querido hallarme bastante cerca para hacerle sentir mi baston herrado; tal vez lo tomara por una bendicion que le daba alguno de los abades enterrados aquí; pero conviene moderacion y prudencia. No es siempre el mejor sable el que hace las mas profundas heridas, todo consiste en el modo de manejarle. Yo me entenderé con él algun dia.

— Si vos informábais al señor Oldbuck de lo que acaba de pasar.

— ¿Que quiere vm. que le diga? Monkbarns y sir Arthur se parecen sin parecerse. Unas veces el baronet escucha á Monkbarns, y otras hace tanto caso de él como de mí. Monkbarns es tan bobo como él en varias cosas. Cualquiera le hará creer que un dinero viejo es una medalla romana, segun él dice, y un foso abierto pocos años hace un campo antiguo; no se trata mas que de saber mentir: yo mismo, Dios me perdone, le he contado mas de una patraña, y á pesar de esto no tiene mucha indulgencia para los demas, echandoles en cara todas sus locuras, como si él no hiciese ninguna. Le escuchará á vm. todo el día con la boca abierta, si le habla vm. de Wallace (1), del ciego Harry y David Lindsay (2); pero no vaya vm. á hablarle de espíritus, brujas, almas en pena, ni cosa que se le parezca. Una vez por poco no echa al viejo Caxon por la ventana, porque sostenia haber visto una alma en el Humlock-Knowe. Ahora bien, segun como tomase el asunto, no haria mas que preparar las botas al bribonazo, y todo iria de mal en peor, como ha sucedido

(1) Antiguo trovador escocés.

(2) Autor ya citado.

dos ó tres veces por la empresa de las minas. Podia decirse que sir Arthur se internaba mas y mas en el cenagal, solo porque Monkbarns le aconsejaba lo contrario.

— ¿Pero que inconveniente encontraríais en insinuar algo á miss Wardour?

— ¡Pobre muchacha! ¿como pudiera ella impedir que hiciese su padre una calaverada? Por otra parte, ¿que ganaríamos con esto? Corre la voz que un acreedor de sir Arthur le exige en este momento el pago de seiscientas libras esterlinas, y que un galgo de justicia de Edimburgo le cuenta ya las pisadas para obligarle. Si no paga, será preciso que vaya á la cárcel ó que abandone su patria. Le considero como un hombre que se anega, que se agarra á todo lo que puede para salir del peligro. Asi pues, ¿por que llenar de sentimiento á la pobre muchacha por lo que no puede remediar? Por otra parte, para hablar con franqueza, no me gustaria que se descubriese el secreto de este punto. Ya ha visto vm. por esperiencia cuan cómodo es tener un escondrijo como este, y aunque no me halle yo en el caso de necesitarlo, y me prometa, con el favor de Dios, llevar hasta la muerte una vida prudente y honrada, no sabemos, sin embargo, á que tentacion podemos vernos expuestos.... y en una palabra.... no puedo re-

signarme á descubrir á nadie este lugar. — « Guarda siete años una prenda, dice un proverbio, y dia vendrá que te sirva. » ¿ Quien sabe si la caverna podrá ser todavía de algun provecho á mí ó á alguno de mis amigos ?

Ochiltrie espresaba estas palabras con un calor que, á pesar de los arrapiezos de moral y de piedad cristiana con que los envolvía, no dejaba de traslucirse en ellas el interes personal, tal vez á causa de la conducta que habia guardado en su juventud; y Lovel no debia por cierto refutarlas en un momento en que se aprovechaba del secreto de que parecia estar tan zeloso el viejo.

Este accidente fué sin embargo muy útil á nuestro héroe, porque contribuyó á separar de su ánimo el doloroso recuerdo de la desgracia que habia terminado el desafio, reanimando su energía que parecia haberle estinguído. Pensó que una herida peligrosa no era siempre mortal; que habia partido ántes de que el cirujano diese su opinion sobre el estado del capitan Mac-Intyre; y que llevando las cosas á lo peor, le quedaban que cumplir en la tierra deberes, que si no podian restablecer la paz en su corazon y sufocar el grito de sus remordimientos, le ofrecerian á lo menos motivos para soportar su existencia, y aligerarle la pena por medio de buenas acciones.

Tales eran los sentimientos de Lovel cuando llegó el momento en que segun el cálculo de Edie, que por un método que se habia inventado sin el auxilio de la astronomía, conocia con la sola inspeccion de los astros todas las horas de la noche, debian abandonar su tranquila morada para pasar á la orilla del mar, donde el teniente Taffril habia prometido enviarles una lancha.

Retiráronse por la misma galería que los condujo hasta el observatorio secreto del prior; y cuando al salir de la caverna se encontráron en el bosque, los pajarillos con sus trinos y gorgeos anunciaban la próxima llegada de la aurora; unas ligeras nubes de color de ámbar, que descubriéron por la parte del oriente al estender la vista por el horizonte, confirmáron este presagio. La mañana es, segun se dice, la amiga de las musas: la impresion que causa en el cuerpo y en la imaginacion de los hombres es lo que le ha valido probablemente este epíteto. Aquellos mismos que como Lovel han pasado la noche en medio de la fatiga y de la agitacion, conocen que el aire fresco de la mañana vuelve la fuerza y la vivacidad al cuerpo y al espíritu. Asi pues, con nuevo aliento y confianza siguió Lovel los pasos del mendigo que le servia de guia, atravesando las dunas cubiertas de rocío que se-

paraban la orilla del mar del bosque de San Ruth, segun llàmaban á la parte de la selva que rodeaba las ruinas.

El primer rayo del sol, al asomar por el Océano su disco de oro, cayó sobre el bergantin anclado en la rada. La lancha se hallaba en el sitio indicado, y Taffril, envuelto en su capa, estaba sentado en la popa. Luego que vió á Lovel que se acercaba, saltó en tierra, y dandole la mano, le dijo que se alentase. — La herida de Mac-Intyre es peligrosa, añadió, pero no cierra enteramente la puerta á la esperanza..... Taffril habia tenido la atencion de hacer llevar secretamente á bordo del bergantin el equipage de Lovel, y se lisonjeaba de que si queria permanecer en su buque, la mortificacion de un corto crucero seria todo el resultado desagradable del desafío. En cuanto á él, aseguró que era dueño de su tiempo y de sus movimientos, escepto la obligacion indispensable del servicio que hacia.

— Hablaremos á bordo de lo que tengamos que hacer, le respondió Lovel; y volviendose á Edie, hizo cuanto pudo para ponerle en la mano algunos billetes de banco.

— Creo, dijo el mendigo dando dos pasos atras, que todo el mundo se ha vuelto loco, ó que se han conjurado para arruinar mi oficio, lo propio que la mucha abundancia de agua

arruina, segun dicen, al molinero. De dos ó tres semanas á esta parte me han ofrecido mas dinero del que habia yo visto en toda mi vida. Guarde vm. esto, buen jóven, á vm. puede hacerle falta, creame vm., y á mí me serviria de estorbo. Mi vestido no me ocasiona gran gasto, y todos los años me dan una capa azul y tantos groats de plata (1) como años tiene el rey: ¡Dios nos lo conserve! Vm. y yo, capitán Taffril, servimos al mismo amo, como vm. sabe; ya vé vm. pues que soy un buque viejo con todos los aparejos. En cuanto á mi sustento, no me cuesta mas que el trabajo de pedirlo haciendo mi pasacalle; y en caso de necesidad, un ayuno de veinte y cuatro horas no me amedrenta, pues me he propuesto no gastar un cuarto para la comida, de suerte que no necesito dinero sino para comprar tabaco, y alguna vez un vásito de aguardiente cuando hace mucho frio, sin que nadie pueda tildarme tampoco de borrachon. Asi pues, señor Lovel, retire vm. sus billetes, y déme un chelin de buena moneda.

En cuanto á los artículos que miraba Edie como íntimamente ligados con el honor de su profesion, podia decirse que era de bronce

(1) Moneda que vale á corta diferencia unos tres reales de vellon.

ó de diamante. Toda la elocuencia y todas las súplicas del mundo se hubieran estrellado contra la firmeza de su resolución. Lovel, pues, se vió obligado á ceder, y despidióse de él apretándole afectuosamente la mano, y asegurándole que no olvidaría jamás el servicio importante que le había hecho. Luego llamándole aparte por un momento, recomendóle el secreto relativamente á la aventura de que acababan de ser testigos.

— ¡Oh! no hay que tener cuidado por esto, respondió Ochiltrie. Nunca he hablado yo de lo que ha pasado en la caverna, por mas que haya visto en ella muchísimas cosas.

La lancha se alejó de la orilla con toda la celeridad producida por seis buenos remeros. El anciano permaneció mirándola por algun tiempo, y Lovel le vió agitar su gorro azul como para despedirse, retirándose en seguida por los arenales para continuar el curso de su vagamunda vida.

